

ÓSCAR CONTARDO
FUERA DE LUGAR



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

Me acuerdo.....	9
El Resto.....	23
<i>Siútico</i> . Capítulo II (fragmento)	25
Pick up.....	29
Santiago Capital	31
Carta meteorológica	37
Trozos de cuerpo	39
Cupidos armados con revólver.....	43
Vida de hotel.....	47
Sitiados en el centro	51
Calle Suecia: la resaca.....	67
La metrópolis McOnda.....	69
Café latte.....	73
El discreto encanto de la formalita colorada	77
Caracoles	79
Cancionero de lamentos	81
La cueca y yo	85
Pia Zadora	87
Sombrero de plumas.....	89
El callejón de la fama.....	91

Pop Art.....	95
Rodrigo Lira, el alarido	97
Gema.....	125
<i>Siútico</i> . Capítulo III (fragmento).....	127
Cobranzas	133
Un escándalo argentino	135
Del sacrificio somos emblema.....	137
Estadio Nacional	141
Los excesos	143
Un lugar para las despedidas	145
Nazis en Chile: orgullo, prejuicio y esvásticas morenas.....	147
El cura y la cota	165
Lo que Dios quiera	167
Solidaridad y cataclismos.....	169
No somos nada.....	171
<i>Siútico</i> . Capítulo V (fragmento)	173
Yo antes tenía la letra distinta	183
Pedro Lemebel, el corazón rabioso del hombre loca.....	191
Final feliz	209

ME ACUERDO

Hace algún tiempo un amigo me regaló un libro. El libro no era una novela, ni un ensayo, sino una biografía que a primera vista parecía una lista de oraciones. Después de una lectura rápida, sonaba a un mantra de frases de distinta extensión. Cada frase describía pequeñas, sutiles y rotundas escenas de la niñez y la adolescencia de Joe Brainard, un artista visual norteamericano que alcanzó la celebridad con ese libro que luego sería imitado por el escritor Georges Perec.

Brainard había decidido escribir así –con fragmentos como destellos de vidrios rotos bajo el sol– una rara biografía de sí mismo usando el lenguaje para hacer un collage de memorias. El libro de Brainard se llama *Me acuerdo –I remember*, en el original– y todas las sentencias comienzan con la misma fórmula:

Me acuerdo de la sopa de pollo con fideos cuando estaba enfermo.

Me acuerdo de una foto de Jayne Mansfield sentada en un Cadillac rosa con dos enormes poodles rosados.

Me acuerdo que me preguntaba por qué si Jesús curaba a los enfermos no curaba a todos los enfermos.

Me acuerdo de intentar imaginarme lo grande que es el mundo.

El amigo que me regaló aquel libro lo hizo seguramente porque a mí me gustan los recuerdos. Los uso como talismanes, como fuente de aprovisionamiento, como un museo propio que trato de visitar de la forma en que se visita un santuario o una iglesia. Uso los recuerdos mucho más que la imaginación. Los disfruto como disfruté aquel libro: buceando en los detalles, uniéndolos con otros y puliendo sus bordes.

El escritor uruguayo Mario Levrero dijo alguna vez: “Cree la gente, de modo casi unánime, que lo que a mí me interesa es escribir. Lo que a mí me interesa es recordar”. Esa frase me interpreta en plenitud.

Recuerdo a mi abuela contándome que el día en que nació llovía como nunca, que me sacaron por cesárea –usaba ese verbo, “sacar”–,

que estaba asfixiado, y que mi cara hinchada tenía un curioso color que ella no sabía definir con exactitud pero estaba en la gama que va del verde al morado. Mi abuela también recordaba a las monjas que le caían mal cuando niña, su matrimonio tardío para no quedar solterona, sus muchas desilusiones y todas las cosas que la mantenían con un inquebrantable malhumor. Mi madre, por su parte, solía relatar sus embarazos como un atormentado vía crucis de nueve estaciones que en mi caso duraron algo más que las semanas previstas. Finalmente salí un día de mayo a las siete y diez de la tarde. El sol estaba en tauro, la luna estaba en piscis y una maraña de cuadraturas astrales dominaba el cielo y anunciaban un carácter áspero, según me explicó muchos años después un amigo astrólogo. Como un Merlín vestido de fiesta, mi amigo describió el destino que me marcaban los planetas dando un largo suspiro que yo interpreté como la señal de alivio que provoca enterarse de lo inevitable. Cabría agregar una última influencia que determinaría mi destino, una que no estaba en el cielo sino en la tierra: cuando yo nací Augusto Pinochet presidía la Junta de Gobierno, el país entero había caído de golpe, las noches se habían vaciado, sobre todo en la provincia del Maule, donde nací y donde el tiempo transcurría en un frasco sellado al vacío. Faltaba gente en las calles, faltaban voces y rostros, y la desconfianza se había vuelto un asunto familiar. El orden –esa ambición que en Chile se confunde con obediencia y se viste de uniforme– se había establecido como un trueno, un estruendo de ecos infinitos.

Recuerdo mi infancia en Talca.

Recuerdo mi bolsón Saxoline con mi nombre y mi dirección escrita con lápiz pasta en el interior.

Recuerdo a mi hermana cantando una canción de Umberto Tozzi y ensayando pasos de baile en el living.

Recuerdo la linterna roja y las pilas Eveready –con el dibujito de un gato saltando– que mi madre mantenía en su velador por si había apagones.

Luego de mi nacimiento, mi madre volvió a su trabajo de funcionaria pública en una repartición del Estado, pero no permaneció demasiado tiempo; su jefe, un hombre de apellido Montero del cual se habló mucho y por años en las sobremesas de mi casa, la despidió. Había decidido que mi madre era comunista, o algo parecido. Para ella –una admiradora de Frei Montalva, de la marcha de la Patria Joven, de la Revolución en Libertad– aquello fue una afrenta. Nunca lo perdonó ni se perdonó haberse expuesto a tamaña humillación. Supongo que el miedo a perder el trabajo por las mismas razones se instaló en la cabeza de mi padre. Pero acerca de las penurias económicas que supuso para la familia depender solo de su sueldo –mi padre era empleado de un Estado en reducción–, nunca se habló demasiado en casa. Durante mucho tiempo mis hermanos mayores insinuaron, medio en broma medio en serio, un sinnúmero de pellejerías que yo no alcancé a vivir, porque para cuando yo estaba en edad de darme cuenta de esos asuntos, mi madre había encontrado una nueva fuente de ingresos: montó su propio negocio de contabilidad, una oficina que mantuvo hasta su muerte.

Mis primeras memorias son de Talca, de 1978. Tenía cuatro años. Los recuerdos se relacionan con la difusa imagen de un militar argentino en la televisión, que seguramente era Videla, y un pensamiento que se me cruzó entonces: los militares son los encargados de gobernar los países. Luego no hay más imágenes, solo sonidos, palabras sueltas que mezclan el fútbol y el rumor de una posible guerra con Argentina. Los argentinos, decían los mayores, iban a bombardear una presa cordillerana que terminaría por inundar la ciudad que, según me explicaba mi padre, estaba en una depresión, lo que facilitaría la faena enemiga. “Talca es un hoyo”, dijo una vez mi padre, aventurándose a dar por sentado un rasgo geográfico que nunca comprobé. A mí se me quedó grabada esa frase, y trataba de buscar en el horizonte los bordes de ese agujero en el que vivíamos. Y los bordes eran el perfil de los cerros y las montañas que parecían cercar la ciudad, la silueta de los volcanes descabezados en el horizonte oriental, y el murallón curvo de colinas costeras resacas y pardas en el occidental. Pero no tenía sentido tratar de escapar de la eventual invasión argentina porque no había dónde: llegarían por el sur y por la cordillera; en el mar estaba la Armada, que si bien era chilena

no era completamente confiable, por razones que mi padre resumía en un resoplido que se balanceaba entre la leve molestia y el rictus de amargura. Era probable que después de eso –del bombardeo a la laguna cordillerana, de la inundación masiva, los tanques y las tropas trasandinas– todos fuéramos argentinos, lo que sumando y restando no era una mala idea, según constaté en el mapamundi: Argentina se veía más grande, era de color rosado, y Chile era apenas una franjita verdosa sin superficie suficiente siquiera para estampar el nombre del país, que aparecía en medio del Pacífico, como una boya que señala un naufragio.

Recuerdo que decían que casi hubo guerra en Navidad.

Recuerdo haber querido que nevara en Navidad.

Recuerdo que en esos años no se decía Navidad sino Pascua.

En primero y segundo básico tuve un compañero de curso llamado Óscar Pinochet. Era el primer tocayo que conocía, y el hecho de que llevara mi nombre me hacía sentir víctima de una usurpación sigilosa que me irritaba. Estaba molesto pero no permitía que nadie lo notara. El apellido Pinochet de mi compañerito matizaba mi descontento. Aunque ese apellido era más o menos común en la zona maulina –en Chanco y Pelluhue había muchos Pinochet–, para mí solo podía significar una cosa: era el apellido del hombre que tantos disgustos provocaba a mis padres. Por esos años aprendía palabras nuevas de mis primeras lecturas y de mi fascinación por la tele. Creo que yo debí darles más de un susto a mis padres repitiendo, frente a los extraños, cosas que escuchaba en casa. Una de las expresiones que me parecía curiosa era “vendepatria”. La escuché en la televisión, seguramente de boca del general, y me parecía divertida repetirla en tono agudo fingiendo ira. El cuadro que representaba debió ser sumamente desagradable. Creo que lo hice varias veces en el recreo, y tengo el vago recuerdo de haberlo hecho frente a mi compañerito Pinochet, que se me debe haber quedado mirando con un gesto imperturbable. Mi compañerito era pálido, delgado y usaba unos anteojos que le daban un aire inofensivo, similar al de un pollo de caricatura. Una vez escuché a mis padres decir que era hijo de “padres mayores”, lo que se supone debía explicar su semblante y su carácter.

Eso me provocó una tristeza honda porque pensé que inevitablemente Óscar quedaría huérfano pronto y que tal vez iría a parar al hospicio de la ciudad, aquella casona miserable camino a Colín, a la que una vez me llevó mi tía asistente social, y en la que malvivían ancianos, locos y personas down abandonadas por sus familias. Era un vertedero de vidas hirviendo de pobreza. Le tuve lástima a mi tocayo y seguramente le puse mayor atención, o traté de compensar mis oscuros pensamientos hacia él con gestos de benevolencia. Recuerdo que un día Óscar Pinochet estuvo de cumpleaños y me invitó. Mis padres me llevaron. Se estacionaron frente a una casa que tal vez no era la dirección exacta pero que me decepcionó: era una casa de fachada continua de esas de puerta con mampara, como la casa de la familia de mi padre en Curicó. Contemplé el lugar y me imaginé el zaguán, los pasillos, los cielos altos desde donde se descolgaban lámparas lánguidas que nadie alcanzaba a desempolvar y los roperos como grandes ataúdes verticales. No nos bajamos del auto. Mis padres me preguntaron si de verdad tenía ganas de ir. Yo creo no haber tenido mucho entusiasmo. Finalmente no entré. Tampoco pregunté la verdadera razón de mis padres para inducirme a cambiar de opinión. Sencillamente me acomodé a las circunstancias, como lo hacían ellos.

Nuestro barrio en Talca era un barrio de empleados públicos. Eso encendía las alarmas de mi madre que veía detrás de cada antejo oscuro un agente de la CNI. Había que hablar bajito. Para ella, todos los padres de mis vecinitos eran soplones en potencia, aunque bajaba la guardia en algunos casos. Del padre de Osvaldito y del de Rodriguito, dos de mis amigos y compañeros de juego, no desconfiaba. Creo que mis amigos le simpatizaban porque los creía víctimas de sus madres, dos señoras de poco más de treinta que, a diferencia de ella, se dedicaban a las tareas domésticas, eran “dueñas de casa”, una expresión que usaba con cierto desdén. Eso a mi madre le provocaba una especie de malestar que disfrazaba con un juicio sumario: mujeres flojas que seguramente tampoco sabían criar a sus hijos. La flojera era algo que le preocupaba con intensidad. En la lógica de mi madre, una mujer floja era automáticamente una persona incapaz de cuidar a su prole como corresponde, algo en lo que por supuesto ella se consideraba experta. En cambio, los padres le parecían buena gente. Yo jugaba con Osvaldito a los superhéroes y me

ponía de capa unos pañuelos que mi madre usaba en el cuello, o el pañal del hermano menor de mi amigo. Me gustaba ser uno de los *Fuerza G*—el que manejaba la moto, que en mi caso era un triciclo— y cuando jugaba a las naciones me gustaba representar a Rusia o Canadá, porque eran los países con más territorio en el mapa y porque estaban lejos de Chile. Nunca me dijeron nada por representar a Rusia, tal vez porque nunca dije Unión Soviética.

Traté de jugar fútbol, pero no resultó.

No recuerdo la edad exacta en la que aprendí a leer, pero sí la angustia que me provocaba en el proceso la posibilidad de confundir la letra “E” con el número “3”. Tampoco recuerdo el primer libro que leí. Esos hitos se diluyeron en mi memoria y fueron colonizados por otros momentos de epifanía relacionados con la lectura: la profunda pena que significaba avanzar en las aventuras de Miguel Strogoff y saber que inevitablemente terminaría el libro y tendría que abandonar ese mundo de viajes permanentes; y el embriagador estado de enamoramiento que tuve con uno de los personajes de *Jane Eyre*. Seguramente aprendí a leer con algún fascículo de enciclopedia coleccionable. Mi padre me compraba un par cada semana: *Fauna*, *Monitor*, *Érase una vez el hombre*. Muchos años más tarde vi una obra del artista visual argentino Oscar Bony. Era el registro fotográfico de una performance en la que un matrimonio obrero comparte lectura con su hijo pequeño. Pensé en mi papá y en sus libros y en la idea de educación que planeaba para mí y mis hermanos. Tenía diez años cuando mi padre me regaló *La Tierra y sus recursos*, un volumen ilustrado con estadísticas de todo tipo y muchos mapas. Allí decía que Chile era gobernado por una junta militar luego de un Golpe de Estado. Lo mismo decían en la *Visual* de Salvat. El diccionario Sopena, en cambio, había sido publicado en los sesenta y destacaba la democracia y la civilidad del pueblo chileno. En ese diccionario busqué sigilosamente años más tarde la definición de la palabra “degollar”, luego del asesinato de José Manuel Parada, Santiago Nattino y Manuel Guerrero en 1985, un sociólogo, un diseñador y un profesor—los tres comunistas— que, secuestrados por carabineros, habían sido degollados (sus cuerpos habían aparecido a orillas de una carretera). No me atrevía a preguntarle a mis padres qué significaba “degollar”, porque intuía que tendrían que decirme algo que era demasiado violento

para un niño. Lo que leí me produjo una pesadumbre espesa y oscura que años después volví a sentir cuando vi en una revista –tal vez la *Análisis*– una nota sobre el secuestro de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas. El artículo estaba ilustrado con dibujos de los cuerpos amarrados de los dos jóvenes a merced de los militares. La nota contaba que los habían insultado, se habían burlado, los habían golpeado hasta dejarlos exánimes y los habían rociado con combustible para prenderles fuego. Luego de leer el artículo me pareció estar habitando un territorio yermo, sembrado de cuerpos como muñecos de trapo arrojados a la muerte.

Recuerdo que mi padre compraba las revistas *Hoy*, *Análisis*, *Cauce* y *Apsi*, y que el kioskero se las daba en un sobre café, como si fueran pornografía.

Recuerdo el chocolate Póker que compré a la salida de clases, y que se me derritió en el bolsillo, y las calcomanías del naranjito de *España* 82.

Recuerdo el álbum de láminas de *El cuerpo humano* y que la figura más codiciada era la antorcha del atleta.

Recuerdo que cuando nos mudamos de Talca a Curicó estaba despejado y hacía calor.

El hermano de mi padre vivía en Nueva York y cada vez que nos visitaba le hacía notar a mi padre el atraso de la ciudad, de la gente, de las carreteras, de la vida en Chile. Mi padre lo escuchaba con resignación. ¿Qué podía responder? El atraso era algo de lo que no se podía salir por voluntad propia. Mi padre no era muy sensible a los avances de la tecnología y le concedía un valor mayúsculo a lo antiguo: no concebía que un auto japonés fuera superior a uno alemán o que una radio Sanyo compitiera con una RCA. Le parecía que en un televisor de tubo había mucha más nobleza de la que jamás tendría un Trinitron. Yo, en cambio, me rendía frente a la posibilidad de un personal estéreo y aún recuerdo con nostalgia la primera vez que escuché en audífonos la canción “Victims”, de Culture Club. El día en que vi por primera vez una pesa electrónica en el supermercado Caltil de la calle Uno Sur era sábado y estaba nublado.